

LA FRACTURA HISTÓRICA del orden mundial



Índice

El panorama y las pasiones	3
La psicología del terror	4
El ocaso del liberalismo	6
Entre la desmesura y la guerra mundial	8
La economía de la seguridad absoluta	9
Ecos del futuro	10
Juegos y misterios	11
Miopía y fanatismo	12
A modo de conclusión: las mixturas del orden mundial	13
Referencias	15

La fractura histórica del orden mundial

PhD. Patricio Rivas

El panorama y las pasiones

Cuando el presidente Donald Trump sostiene que sus únicos límites son “yo y mi conciencia”, no formula únicamente una provocación retórica ni una excentricidad personalista. La afirmación expresa una concepción del poder político que se distancia de los marcos normativos que estructuraron el orden internacional de la posguerra. En este sentido, condensa el deterioro progresivo del sistema mundial configurado a partir de 1945, basado en el derecho internacional, el multilateralismo y una cultura política del acuerdo, cuya legitimidad descansaba en racionalidades comunicativas orientadas al consenso y a la cooperación entre actores (Habermas, 1981).

Trump no es la causa originaria del actual clima internacional disruptivo, pero sí uno de sus resultados más visibles. Su praxis política emerge de la psicología histórica de una potencia mundial que experimenta la pérdida relativa de su hegemonía y el dolor simbólico de una decadencia prolongada. Las causas de este proceso son estructurales y han sido diagnosticadas desde hace décadas: el agotamiento del liderazgo global estadounidense, la crisis de gobernabilidad del orden liberal y la erosión de la capacidad estratégica para administrar las relaciones de forma sobria. Las fisonomías de esta declinación reproducen patrones observables en el ocaso de otras grandes potencias, donde el exceso de autoritarismo y la pérdida de orientación política anticipan fases de inestabilidad sistémica (Sáez Rueda, 2018).

La crisis contemporánea no reside únicamente en la disminución de la influencia estratégica de los Estados Unidos, sino en la pérdida de sentido político estratégico que orienta su ejercicio. Como sostiene Lazzarato, el problema central no es la escasez de poder, sino su gestión sin horizonte histórico ni proyecto colectivo, lo que transforma la política internacional en una sucesión de respuestas reactivas, coercitivas y crecientemente violentas (Lazzarato, 2022). De modo convergente, los análisis de los ciclos históricos de las potencias muestran que el declive se acelera cuando los liderazgos abandonan la previsión sistémica y sustituyen la gobernanza por el recurso recurrente a la fuerza (Dalio, 2021).

Las crisis económicas y financieras recurrentes desde la década de 1970 no pueden explicarse únicamente por la pérdida de competitividad de la economía norteamericana ni por la caída de sus tasas de ganancia. A estos factores se suma la emergencia de una competencia sistémica estructural, particularmente la de China, conceptualizada tanto como una modalidad de “socialismo de mercado” como de capitalismo de Estado. Los ciclos económicos globales recientes han profundizado las desigualdades entre regiones, Estados y territorios, generando una inestabilidad persistente que convierte a la guerra en una posibilidad cada vez menos excepcional.

Este proceso debe ser comprendido como una fase histórica de reordenamiento del capitalismo mundial. La competencia china, el retorno de Rusia al escenario geopolítico, la fragilidad estratégica de Europa y las reconversiones productivas y laborales globales no se desarrollan en un marco de paz liberal-democrática. Por el contrario, los Estados que buscan garantizar simultáneamente estabilidad macroeconómica y tasas de beneficio refuerzan dispositivos de control, seguridad y guerra híbrida o soberana. Las pugnas por mercados, recursos, comercio y tecnologías constituyen conflictos internos al propio orden capitalista: son luchas por la ganancia y el control, no procesos de superación del sistema (Conrad, 2016).

En este contexto, no se encuentra en agenda una alteración sustantiva del dominio del capital como principio estructurante del orden mundial. Incluso fenómenos aparentemente antisistémicos, como el delito transnacional organizado, operan como factores funcionales dentro de las lógicas geopolíticas y financieras del capitalismo global. Estas prácticas se integran a los juegos de liderazgo de grandes conglomerados económicos, confirmando que la ilegalidad forma parte constitutiva de las dinámicas contemporáneas de acumulación y control (Fernández-Savater, 2020; Cago, 2014; Iriarte Núñez, 2023)

La psicología del terror

El deterioro del orden mundial descrito en la sección anterior no debe ser comprendido únicamente como una crisis de equilibrio entre potencias o como un desplazamiento en la jerarquía internacional, sino como una transformación profunda en las formas de ejercicio del poder. La pérdida de centralidad de las racionalidades del acuerdo, la erosión del multilateralismo y la gestión crecientemente unilateral de los conflictos configuran un escenario en el que la dominación ya no se legitima prioritariamente por el consenso, sino por la administración del temor. En este plano, las pasiones colectivas dejan de ser un residuo irracional de la política para convertirse en un componente estratégico de su funcionamiento. Es precisamente en este desplazamiento —del gobierno mediante normas al gobierno mediante afectos— donde se inscribe lo que aquí denominamos la psicología del terror.

En el escenario contemporáneo de crisis estructural del sistema mundial, la economía del consumo y del deseo se redefine como un dispositivo central de estabilización social sustentado en el miedo. Ya no se trata únicamente de un mecanismo orientado a la reproducción material de la vida social, sino de una tecnología política destinada a gestionar el malestar producido por la precarización, la incertidumbre y la percepción difusa de colapso. La administración de las pasiones colectivas —ansiedad, temor, resentimiento, frustración— se convierte así en un eje fundamental de la gubernamentalidad contemporánea. El consumo opera como una forma de ocupación subjetiva que, al tiempo que promete satisfacción inmediata, desactiva la posibilidad de elaborar políticamente la experiencia del conflicto y la pérdida.

Esta economía afectiva no constituye un fenómeno superficial ni coyuntural, sino una dimensión estructural del ejercicio del poder en las condiciones actuales del capitalismo global. En sociedades atravesadas por la amenaza permanente, la inseguridad sistémica y la normalización de la guerra, el miedo se transforma en un principio organizador de la vida cotidiana y de la obediencia social. El deseo, lejos de oponerse al temor, es capturado y moldeado por él, configurando sujetos que consumen para protegerse, para diferenciarse o para mitigar la angustia, mientras aceptan crecientes niveles de control, vigilancia y disciplinamiento.

En este marco, el conocimiento científico, la investigación tecnológica y las principales fuentes de poder material se desarrollan crecientemente bajo hipótesis estratégicas ancladas en la lógica amigo-enemigo. La producción de saber deja de orientarse prioritariamente por criterios de emancipación o bienestar social y se subordina a escenarios de confrontación explícita o latente. La innovación tecnológica aparece así indisociable de su potencial militar, securitario o de control social. La acumulación capitalista a escala mundial —designada eufemísticamente como globalización— ha ingresado, en consecuencia, en una dinámica de guerra permanente, comparable en términos estructurales a los períodos previos a los grandes conflictos del siglo XX, cuando la competencia entre potencias desbordó los marcos de regulación existentes y subordinó la política a la lógica de la fuerza (Berardi, 2019).

En estas condiciones, la guerra deja de ser concebida como un acontecimiento excepcional para integrarse de manera estable al funcionamiento ordinario del sistema. Dos vectores principales concentran hoy los riesgos de una catástrofe global. Por una parte, la posibilidad de un accidente bélico que escale sin control racional en un entorno caracterizado por la alta complejidad y la desconfianza generalizada. Por otra, la decisión estratégica consciente de recurrir a la guerra como instrumento para forzar un nuevo reparto del mundo ante el agotamiento de los equilibrios vigentes. En ambos casos, el horizonte no es el de una confrontación limitada, sino el de una guerra mundial con componentes nucleares, acompañada de una proliferación de guerras civiles regionales, conflictos asimétricos y colapsos estatales. Las posibilidades de paz, tanto en el corto como en el mediano plazo, se reducen drásticamente en un sistema que ha perdido su capacidad de autorregulación.

Los conflictos contemporáneos no constituyen episodios aislados, sino expresiones localizadas de esta misma lógica estructural. Más allá de sus particularidades históricas y culturales, los casos de Venezuela, Irán, la Franja de Gaza, Ucrania, Taiwán o Groenlandia revelan una dinámica común: la conversión de territorios, poblaciones y recursos en piezas estratégicas de un sistema mundial en disputa. Cualquiera sea el desenlace de las negociaciones entre Venezuela y la Casa Blanca, el país parece ingresar en un régimen de vida marcado por pugnas persistentes, violencia estructural y deterioro sostenido de la calidad de vida. En Irán, la amenaza sobre el régimen se mantiene incluso sin una intervención directa inmediata, alimentada por una crisis económica interna que amplifica las condiciones de desestabilización. La crisis en Gaza permanece irresuelta y tiende a reactivarse periódicamente. La guerra entre Rusia y Ucrania se prolonga, y aun en el caso de alcanzarse una fórmula de paz, esta se perfila como frágil e inestable. Las tensiones entre China y Taiwán continúan en niveles elevados, mientras que regiones como Groenlandia emergen como nuevos espacios de disputa geoestratégica. Cada uno de estos

escenarios constituye un nodo crítico del sistema mundial y solo puede ser comprendido desde una perspectiva de totalidad histórica (Duncan, 2023).

En el actual escenario de conflictividad estructural, la confianza aparece como un elemento decisivo —aunque crecientemente erosionado— para la regulación del orden mundial. La confianza permite reducir la complejidad del sistema al hacer calculable el comportamiento de los actores y posibilitar formas mínimas de cooperación. Sin embargo, cuando esta se quiebra, el sistema internacional ingresa en un clima dominado por acciones preventivas, amenazas constantes y escaladas parciales. Como advierte Luhmann, la confianza no elimina la complejidad, pero la vuelve manejable; su colapso, en cambio, transforma al sistema en un espacio intrínsecamente incierto y peligroso, donde la anticipación racional cede ante el cálculo defensivo y el miedo (Luhmann, 1988).

Hoy asistimos simultáneamente a un incremento exponencial de la complejidad del orden mundial y a una erosión profunda de la confianza entre sus actores. Este proceso se ve agravado por la crisis del modo de vida imperial que sostuvo durante décadas la hegemonía occidental, basado en el acceso desigual a recursos, energía y territorios, así como en la externalización sistemática de los costos sociales y ecológicos del capitalismo global (Brand & Wissen, 2017). La psicología del terror no debe ser entendida, por tanto, como una anomalía coyuntural, sino como una forma histórica de gobierno del mundo en tiempos de declive hegemónico, en la que el miedo sustituye al consenso y la guerra se normaliza como horizonte estructural del sistema.

Este desplazamiento desde un orden basado en la legitimidad normativa hacia uno sustentado en la gestión del miedo tiene consecuencias profundas para las categorías políticas heredadas de la modernidad liberal. Cuando la seguridad sustituye a los derechos, cuando la estabilidad se impone sobre la deliberación y cuando el temor organiza la obediencia, el liberalismo deja de operar como horizonte normativo efectivo y se transforma en un residuo discursivo. La crisis del orden mundial es, al mismo tiempo, una crisis de la forma liberal de concebir al sujeto, a la política y a la comunidad. Es en este punto donde se abre el análisis del ocaso del liberalismo, no como simple agotamiento doctrinario, sino como descomposición histórica de un régimen de sentido que ya no logra dar respuesta a las condiciones materiales y afectivas del presente.

El ocaso del liberalismo

El concepto de humanidad —y, con mayor precisión, las diversas tradiciones del humanismo— se ha sostenido históricamente sobre un conjunto reducido pero decisivo de presupuestos normativos. En su núcleo se encuentra la noción de una naturaleza humana concebida desde un enfoque antropológico, social y existencial, según el cual todos los individuos son sujetos de razón y, por ello, portadores de iguales derechos. Si bien el ser humano se transforma históricamente, lo que vuelve problemática toda definición esencialista de la naturaleza como sustancia fija, también resulta insostenible un relativismo extremo que disuelva la idea de humanidad en una mera agregación de fragmentos culturales inconmensurables. En el siglo XXI, pese a la pluralidad de trayectorias culturales, pueblos y naciones, persiste un presente común que permite la existencia biológica y social dentro de marcos mínimos compartidos.

Desde esta perspectiva, la condición humana no puede ser pensada al margen de los órdenes sociales, culturales e históricos que la configuran. Los sujetos responden a formas morales y éticas que emergen de estructuras sociales determinadas, y las maneras en que cada individuo se asume —o cree situarse por fuera— de ese entramado forman parte constitutiva de su configuración subjetiva. La situación social del sujeto aparece así como historia y destino, como inscripción en una trama de relaciones que antecede y excede a la voluntad individual. Sin embargo, junto a estas determinaciones racionales y normativas, opera un vasto y conflictivo continente del inconsciente social, donde se articulan afectos, odios y pulsiones colectivas. Esta dimensión, lejos de ser puramente irracional, posee una materialidad biológica y cultural que incide de manera decisiva en las conductas políticas y sociales (Dierksmeier, 2016; Shklar, 1989).

Actualmente, amplios sectores de las élites políticas, económicas y culturales —particularmente en los centros de poder mundial y en la Casa Blanca— han llegado a la convicción de que el orden político y cultural heredado resulta incapaz de gestionar las crisis contemporáneas. Desde esta lectura, se impone la necesidad de un reordenamiento radical de la humanidad, ya sea mediante la fuerza directa o a través de mecanismos indirectos de coerción y disciplinamiento. La decadencia del liberalismo, tanto como filosofía política como marco normativo global, se expresa en su progresiva expulsión de las racionalidades estratégicas de los grandes Estados: su pasado es evocado como un ideal irrealizado y su futuro aparece como una amenaza de descomposición (Nueno Guitart, 2022).

Las respuestas a problemas estructurales como la exclusión social, las migraciones masivas, la criminalidad, la corrupción, el deterioro de la calidad de vida, la erosión de derechos y la persistencia de la guerra se formulan crecientemente por fuera de los límites liberales, recurriendo al uso explícito o implícito de la fuerza. Allí donde el liberalismo postulaba un delicado equilibrio entre la moral individual, el plano social-normativo y el horizonte universal de los derechos y la dignidad humana, se observa hoy una ruptura profunda. Estos tres niveles —el individuo, la sociedad y el orden político global— ya no se articulan en un ethos compartido, sino que expresan una comunidad humana en proceso de fragmentación y decadencia dentro del Occidente político.

Este marco normativo es, a su vez, objeto de una crítica sistemática que lo responsabiliza —no sin razones parciales— por las crisis sociales y valóricas contemporáneas, invisibilizando sus condiciones históricas desiguales de realización. La ofensiva conservadora contra las culturas de la diversidad no constituye un episodio aislado, sino un programa político de largo alcance. En este sentido, resulta particularmente esclarecedor el texto temprano de Emmanuel Levinas de 1934, *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, donde advierte que el hitlerismo introduce una fractura radical en la filosofía política europea al fundar el orden social en la voluntad total de imposición. Mientras muchos de sus contemporáneos lo consideraron un fenómeno pasajero o incluso instrumental en la lucha contra las izquierdas, Levinas reconoció en él una mutación profunda del horizonte ético-político de Occidente.

La agenda conservadora actual no apunta a la simple restauración de un pasado perdido, sino a un ambicioso proyecto refundacional a escala mundial. Su primer momento fue la imposición del neoliberalismo extremo en el ámbito de la economía de mercado global a partir de la década de 1980. El segundo impulso, en curso, se despliega en el plano político y cultural, en abierta pugna con los derechos, las diversidades y las jerarquías normativas que limitan el ejercicio soberano del poder. Se trata de un proceso simultáneamente geopolítico, disciplinante y bélico, que redefine los criterios de pertenencia, legitimidad y exclusión (Fricker, 2007).

Las élites más duras que impulsan este proyecto poseen una visión histórica de largo alcance. Como señaló Mosca, las clases dominantes elaboran estrategias que se extienden más allá de las coyunturas inmediatas. Desde

esta perspectiva, identifican tres grandes ciclos históricos de amenaza: las insurrecciones plebeyas entre 1789 y 1871, asociadas al modelo ciudadano de la Revolución Francesa; el ciclo de las revoluciones políticas y sociales vinculadas al movimiento obrero entre 1917 y 1968–1975; y, más recientemente, la emergencia de los derechos de última generación y de las políticas de la diversidad. Cada uno de estos momentos es asumido como un enemigo a neutralizar.

En las últimas dos décadas, los principales ejes del control mundial se han visto impulsados a un doble objetivo: profundizar la modelización del capitalismo no solo en el plano económico, sino también en las dimensiones subjetivas, sensibles y colectivas, y desmontar la ilusión de las diversidades que obstaculizan la reinstalación de formas más directas de sumisión. Este proceso implica altas dosis de violencia y coacción sobre colectivos, Estados y regiones, mediante políticas preventivas de desgaste, ataques directos o dispositivos encubiertos de control social.

Frente a este escenario, sacar a la luz las potencias históricamente silenciadas por la rutina de la resignación constituye un imperativo ético y político de primer orden. Como sostuvo Benjamin, la emancipación no se juega en la adaptación al curso lineal y triunfal del progreso dominante, sino en su interrupción crítica desde la experiencia de los vencidos, allí donde el tiempo histórico se condensa en un presente cargado de peligro (Benjamin, 1940/2005). Lo que está en juego, como en la década de 1930 del siglo XX, no es únicamente la resolución de una coyuntura, sino el horizonte de largo plazo de la humanidad.

Las respuestas nostálgicas de amplios sectores de las fuerzas políticas de centro e izquierda —aferradas a formas rígidas de organización, populismos sin estrategia, soberanías sin internacionalismo, subestimación del miedo o incompreensión del dispositivo tecnológico-laboral— revelan más sus propios límites históricos que la magnitud del peligro presente. Estas carencias, junto con las vanidades de los pequeños caudillismos, constituyen una de las expresiones más claras del atraso político en tiempos de catástrofe (Stengers, 2015).

Entre la desmesura y la guerra mundial

La lectura atenta del libro *La habitación donde sucedió*, de John Bolton (2020), ex consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos durante parte del primer mandato de Donald Trump, permite comprender con mayor nitidez el tipo de acciones y riesgos que la Casa Blanca estuvo —y está— dispuesta a asumir en un marco de debilitamiento institucional. El relato de Bolton revela una forma de ejercicio del poder marcada por una combinación de vanidad exacerbada y esquemas de cálculo político notablemente simplificados, donde las decisiones estratégicas se ven crecientemente subordinadas a impulsos personales y rivalidades internas.

Cuando las instituciones pierden densidad normativa y capacidad de mediación, los rasgos de personalidad de los dirigentes tienden a imponerse sobre los marcos colectivos de decisión. En estas condiciones, emergen figuras que ocupan el vacío institucional mediante acciones audaces, temerarias e imprevisibles, presentadas como gestos de liderazgo fuerte. La seducción política se convierte así en una forma de anestesia de la capacidad crítica: el carisma sustituye al análisis y la espectacularidad desplaza a la deliberación racional. Este fenómeno no puede disociarse de la agudización de las pugnas internas dentro del establishment estadounidense, que se desarrollan en un escenario de fracturas sociales y culturales comparables, por su profundidad, a las vividas durante el periodo de la guerra de Vietnam (Bolton, 2020).

Este trasfondo resulta clave para comprender el giro expresado en la Estrategia de Seguridad Nacional 2025, documento que explicita un cambio significativo en la filosofía política y estratégica de Estados Unidos frente a su declive relativo como potencia hegemónica. En un tono directo, el texto reconoce la transición hacia un orden multipolar, aunque no como un horizonte a gestionar cooperativamente, sino como una condición a revertir mediante una política de recuperación de la hegemonía. Estados Unidos abandona de facto la pretensión de un poder unipolar indiscutido y redefine sus prioridades estratégicas en un escenario de competencia ampliada.

En relación con China, la estrategia reconoce el crecimiento sostenido de su influencia y la define como un competidor sistémico, aunque evita —al menos discursivamente— caracterizarla como un enemigo directo o como la amenaza inmediata principal. Rusia, en cambio, ocupa un lugar secundario en el documento, mientras que América Latina reaparece bajo una renovada lógica de tutela hemisférica, evocando una actualización de la doctrina Monroe. En el plano militar, se plantea un reajuste de la presencia global estadounidense, acompañado de una fuerte inversión en inteligencia artificial y tecnologías estratégicas, aunque se enfatiza que la prioridad central radica en la seguridad interior, el control de las fronteras y la estabilidad del hemisferio occidental. En este marco, las migraciones son crecientemente construidas como un riesgo para la seguridad nacional.

En cuanto al Asia-Pacífico y el Indo-Pacífico —especialmente China e India—, estos espacios adquieren una relevancia estratégica superior a la de Europa, que aparece implícitamente caracterizada como una civilización en declive o frustrada, con una importancia decreciente en la jerarquía de prioridades estadounidenses. Pese a este repliegue relativo, la estrategia conserva una retórica misionera típica de los sectores más duros del republicanismo, donde la defensa del orden se presenta como una tarea casi civilizatoria (Kumar, 2010).

Este repliegue estratégico se expresa también en el progresivo distanciamiento —y en algunos casos abandono explícito— de Estados Unidos respecto de organismos internacionales clave. La retirada o el debilitamiento deliberado de su participación en instancias multilaterales no responde únicamente a desacuerdos coyunturales, sino a una desconfianza estructural hacia los marcos normativos que limitan el ejercicio unilateral de la hegemonía. Al erosionar estos espacios de cooperación, Estados Unidos contribuye activamente a la desinstitucionalización del orden internacional, reforzando una lógica de competencia directa entre Estados y reduciendo los márgenes de previsibilidad sistémica. Este proceso, lejos de fortalecer la seguridad global, incrementa la incertidumbre y amplifica los riesgos de escaladas conflictivas, al sustituir reglas compartidas por correlaciones de fuerza inestables.

Leídas desde una perspectiva histórica más amplia, estas transformaciones confirman que las crisis no deben ser comprendidas únicamente como catástrofes definitivas, sino también como momentos de mutación estructural en los que se abren posibilidades de reconfiguración. Las crisis condensan las tensiones acumuladas de un sistema histórico determinado y habilitan la emergencia de nuevos sujetos políticos y sociales. En ellas, tanto las estructuras de larga duración como las formas objetivas del poder se ven afectadas y reordenadas. El núcleo dinámico de estos procesos reside en la alteración simultánea de las relaciones de poder en múltiples planos —económico, político, cultural y simbólico—, donde la disputa por la dirección de la realidad se configura como un amplio campo de luchas teóricas, morales y materiales (Fontana, 2011).

La economía de la seguridad absoluta

El predominio de la lógica de la seguridad absoluta, la primacía de la fuerza sobre la norma y la erosión de los marcos institucionales del orden mundial no constituyen fenómenos inéditos desde el punto de vista histórico. Por el contrario, remiten a un problema teórico de larga duración que atraviesa la reflexión crítica sobre el capitalismo desde sus orígenes: la cuestión de si los sistemas históricos de dominación tienden a reproducirse mediante transformaciones adaptativas o si, por el contrario, se encaminan hacia crisis estructurales de colapso.

Este dilema fue formulado de manera particularmente aguda en el debate marxista de comienzos del siglo XX, en torno a las alternativas entre desarrollo y derrumbe del orden capitalista mundial. Rosa Luxemburg situó el problema en términos de la imposibilidad de una reproducción indefinida del capitalismo sin expansión externa, planteando la tensión entre reproducción simple y reproducción ampliada como una contradicción estructural del sistema. En esta misma línea, Henryk Grossman profundizó la crítica de la economía política al señalar que las crisis no podían reducirse a desequilibrios coyunturales del mercado, sino que expresaban límites internos del proceso de acumulación, en abierta confrontación con las interpretaciones de la economía clásica y, posteriormente, neoclásica.

Los debates en torno a estas cuestiones alcanzaron una intensidad singular en la Europa de las décadas de 1920 y 1930, en un tiempo atravesado por la Primera Guerra Mundial, la crisis de 1929 y la antesala del segundo gran conflicto global. Allí se configuró un campo teórico y político en el que el capitalismo fue pensado simultáneamente como sistema de desarrollo y como formación históricamente finita, expuesta a rupturas violentas. Como ha señalado Zolo, estos debates no solo tenían implicancias económicas, sino que abrían interrogantes decisivos sobre la posibilidad —y los riesgos— de un gobierno mundial capaz de contener las dinámicas destructivas del sistema interestatal moderno (Zolo, 2000).

Desde una sensibilidad histórica más amplia, la problemática del ascenso, apogeo y declive de los grandes órdenes civilizatorios ha sido abordada de manera recurrente por diversas tradiciones intelectuales. Ya en el siglo XVIII, Edward Gibbon analizó la decadencia del Imperio romano como un proceso prolongado de agotamiento político, moral y administrativo, más que como un colapso súbito. Estudios posteriores sobre imperios y sociedades complejas han retomado esta intuición para mostrar cómo la sobreextensión del poder, la rigidez institucional y la incapacidad de adaptación frente a entornos cambiantes generan condiciones propicias para crisis sistémicas de gran escala (Wimbush, 1978; Khazanov, 2003).

En este horizonte se inscribe una extensa constelación de autores que, desde distintas tradiciones teóricas, han reflexionado sobre las crisis históricas, los límites del progreso y las formas de declive civilizatorio. Desde Marx, quien concibió el capitalismo como un sistema atravesado por contradicciones internas irresolubles, hasta Spengler y su visión del ocaso de Occidente; desde Sorokin y su teoría de los ciclos culturales hasta Toynbee y su análisis de los desafíos y respuestas de las civilizaciones; desde Colletti y su crítica a las ilusiones evolucionistas hasta O’Gorman y la problematización histórica de las categorías modernas; desde Wallerstein y la teoría del sistema-mundo hasta Daly y Arismendi, quienes cuestionaron la viabilidad ecológica y social del crecimiento ilimitado.

Lejos de constituir un repertorio heterogéneo sin puntos de contacto, estas perspectivas convergen en un diagnóstico común: los órdenes históricos no colapsan únicamente por factores externos ni se transforman de manera lineal y progresiva. Las crisis condensan contradicciones acumuladas, decisiones políticas, estructuras de poder y límites materiales que, en determinados momentos, se articulan en rupturas de gran alcance. En este sentido, el presente no puede ser interpretado como una simple crisis más del capitalismo, sino como una coyuntura en la que se reactivan, bajo nuevas condiciones tecnológicas y geopolíticas, dilemas históricos fundamentales entre transformación, estancamiento y derrumbe.

Este marco teórico permite comprender por qué la economía de la seguridad absoluta no es una anomalía transitoria, sino una respuesta estructural de los centros de influencia frente a la percepción de límites históricos. Cuando el desarrollo deja de garantizar estabilidad y legitimidad, la seguridad se convierte en el principio organizador del orden. Es en este punto donde la reflexión sobre las crisis históricas deja de ser un ejercicio erudito y se transforma en una herramienta indispensable para interpretar los riesgos civilizatorios del presente.

Ecós del futuro

La ilusión de una comunidad transparente, justa y plenamente recíproca quedó congelada en la historia de la modernidad tras las dos guerras mundiales del siglo XX. No es desde ese horizonte normativo —ni desde una lectura nostálgica de la comunidad perdida— que pueden comprenderse los procesos humanos y sociales contemporáneos. Tampoco resulta suficiente volver a Hobbes ni al universalismo iusnaturalista que iguala a los sujetos bajo dispositivos de control y una antropología pesimista. El presente exige pensar la comunidad desde otro registro: el de sociedades sometidas a dispositivos de control inmunitario y geopolítico, articulados con profundas mutaciones en los modelos productivos y tecnológicos.

Como ha señalado Esposito, asistimos a un desplazamiento desde formas clásicas de comunidad hacia configuraciones atravesadas por lógicas de inmunización, donde la protección frente al riesgo se convierte en principio organizador de la vida social (Esposito, 2002). Este proceso se intensifica en el tránsito desde economías industriales hacia regímenes de alta tecnología, información e inteligencia artificial, desarrollados en tiempos de democracias liberales debilitadas.

Las élites políticas y los centros de poder global reconocen que el equilibrio estratégico de la Guerra Fría se quebró definitivamente en 1990 sin que haya emergido un nuevo orden estable. En su lugar, se consolidó una “paz armada” sostenida por una tríada de potencias con capacidad de incidencia sistémica. Europa, por su parte, enfrenta los costos tardíos de la dependencia estratégica, como se observa en la ampliación de la OTAN hacia Finlandia y Polonia, configurando movimientos de alto riesgo geopolítico.

Tal como advertiera Clausewitz, la acción recíproca de los contendores tiende a desbaratar cualquier plan absoluto: la búsqueda de seguridad total produce inseguridad permanente (Moloeznik, 2012; McFate, 2019; Qiao & Wang, 1999; Freeman, 2014).

Juegos y misterios

La reconfiguración acelerada de la economía mundial bajo tecnologías de punta está produciendo transformaciones de alcance antropológico en la vida, el trabajo y las relaciones sociales. Se modifican las cadenas productivas, emergen nuevas fracciones dominantes y se erosionan derechos laborales históricamente conquistados (Piketty, 2014; Mason, 2015; Streeck, 2016).

Desde este enfoque, el Estado ya no puede pensarse como vértice exclusivo del control. Resulta imprescindible incorporar la noción de densidad de autoridad distribuida en escalas transnacionales, tecnológicas y financieras (Rosenau, 1997; Keohane, 2002). A ello se suma la irrupción de armas hipersónicas, que alteran radicalmente los cálculos clásicos de disuasión estratégica (Bondar, 2019; Kania, 2020).

La brecha entre potencias nucleares y Estados no nucleares profundiza regímenes asimétricos de invulnerabilidad y fragilidad. El control de tierras raras, energías y rutas comerciales se consolida como botín geopolítico central del siglo XXI.

Desde esta perspectiva, la propuesta de Donald Trump de constituir un “grupo por la paz” puede leerse como un intento de crear estructuras paralelas a la ONU, debilitando aún más el multilateralismo y alentando dinámicas de fragmentación institucional global.

Persistir en categorías del siglo XX resulta insuficiente. En varias democracias avanzadas fermentan riesgos de conflictos civiles latentes producto de la concentración oligárquica del poder económico y político (Mosca, 1939; Winters, 2011; Nercesian, 2020). Se profundiza así la disfunción entre democracia formal y distribución real del poder.

Miopía y fanatismo

No existen precedentes claros en la historia moderna de transformaciones sistémicas tan profundas concentradas en lapsos tan breves. Aunque el análisis histórico sigue siendo indispensable, la novedad generativa de lo emergente desborda los repertorios clásicos (Roca de Castro, 2018).

Todo orden histórico enfrenta tensiones entre tradición y cambio, pero hoy estas se combinan con una aceleración extrema que dificulta la producción de confianza. Ninguna potencia está en condiciones de hegemonizar de manera estable un mundo atravesado por contradicciones estructurales. Las aparentes victorias geopolíticas no garantizan estabilidad duradera (Kellerman, 2014).

Los imprevistos continúan marcando la historia. La posible nuclearización de Irán podría desencadenar una carrera armamentística regional y global. Del mismo modo, el ascenso de fuerzas nacionalistas en Europa podría generar regresiones democráticas comparables a las del período 1930–1945 (Ferguson, 2006; Kershaw, 2015; Kahneman, 2011).

La miopía estratégica caracteriza a amplios sectores de los liderazgos occidentales. Europa, bajo el paraguas de la OTAN, ha operado con horizontes cortos frente a conflictos clave, consolidando su dependencia estructural de Estados Unidos.

La tríada Estados Unidos–China–Rusia se consolida como eje del sistema mundial, aunque con concepciones profundamente divergentes de democracia, poder y liderazgo. Entre ellas se desplegarán pugnas intensas por recursos y autoridad en América Latina, África, Asia y Medio Oriente.

Estos procesos se desarrollan en un ecosistema de ascenso del autoritarismo y del totalitarismo cultural, alimentado por el colapso de las izquierdas históricas y la mercantilización extrema de la vida (Mbembe, 2011). La tanatopolítica, la necropolítica y la extracción de valor de los cuerpos configuran una misma matriz de disciplinamiento social, donde el miedo sustituye al consenso y la vida se administra sin deliberación democrática

A modo de conclusión: las mixturas del orden mundial

La crisis sistémica del orden mundial en el siglo XXI tiene una genealogía larga que se remonta a la caída de los imperios austrohúngaro, zarista y otomano tras la Primera Guerra Mundial y al frágil equilibrio impuesto por la Paz de Versalles. La secuencia bélica europea entre 1914 y 1945 culminó con la instauración de un orden internacional basado en la Carta de las Naciones Unidas (1945), que combinó universalismo de derechos, soberanías nacionales y estabilidad armada. Este orden, desigual pero efectivo, perduró hasta el fin de la Guerra Fría. El colapso de la Unión Soviética en 1991 —sin guerra civil generalizada— marcó el inicio del deterioro progresivo del liberalismo democrático gestado tras la Segunda Guerra Mundial. Los atentados de 2001, la crisis financiera de 2008 y la pandemia de COVID-19 profundizaron estas fragilidades, reabriendo escenarios de conflictividad global.

La crisis financiera de 2008 constituyó un punto de inflexión decisivo. El rescate de los grandes bancos por sobre los deudores hipotecarios erosionó severamente la legitimidad democrática en Estados Unidos y Europa, alimentando resentimientos sociales duraderos. Esta crisis, producto de la desregulación financiera, debilitó aún más a la democracia liberal y favoreció la consolidación de una nueva élite transnacional de base financiera y tecnológica, más desvinculada del Estado de bienestar y del derecho internacional que las élites neoliberales previas. Con ello se cerró definitivamente el ciclo keynesiano y el modelo de estabilidad basado en la disuasión nuclear (1946–1975). Tras 1991, la unipolaridad estadounidense emergió como arquitectura dominante, pero resultó breve e inestable frente al ascenso de China y el retorno estratégico de Rusia.

Desde mediados de la década de 2000 se evidencia la fractura de las élites globales en dos grandes corrientes oligárquicas con rasgos autoritarios: una de orientación globalista liberal y otra nacional-globalista, asociada al trumpismo y a redes transversales que incluyen vínculos con China y Rusia. Esta disputa confirma que la tensión central del sistema mundial no se reduce a un conflicto entre Estados, sino a una pugna entre élites concentradas y sociedades crecientemente desiguales. La erosión de los pactos sociales, la desconfianza en las instituciones y el deterioro de la calidad de vida socavan la estabilidad de largo plazo. En este sentido, lo social precede a lo político: la gobernabilidad depende crecientemente de las condiciones materiales y simbólicas de la vida cotidiana.

Las normas del orden internacional moderno han favorecido históricamente a Occidente, desde la Paz de Westfalia hasta el multilateralismo de la posguerra. Sin embargo, la expansión global de principios como la soberanía, la autodeterminación y los derechos humanos comenzó a tensionar este orden desde la década de 1990, al ampliar los márgenes de acción de Estados pequeños y potencias intermedias. Este proceso volvió disfuncional el multilateralismo liberal para Estados Unidos, acelerando su erosión. El ciclo histórico del liberalismo político, del humanismo normativo y del desarrollo con derechos se encuentra hoy profundamente clausurado, siendo reemplazado por lógicas de fuerza y excepcionalidad.

Estados Unidos se ve impelido a disputar a China en todos los espacios posibles —África, América Latina, Europa— mediante inversiones, comercio y control de rutas estratégicas, utilizando instrumentos globalistas que anteriormente promovió Occidente. Este orden contradictorio impide una recomposición clara de la hegemonía occidental y proyecta un largo período de imprevisibilidad sistémica. El paralelismo con el escenario de incertidumbre de la década de 1930 resulta históricamente pertinente.

La pérdida de sentido vital en amplias capas de la población mundial constituye un factor geocultural y psicosocial de creciente relevancia. El descenso de la natalidad, el aumento del suicidio y el escepticismo social en regiones altamente desarrolladas revelan la ruptura de contratos sociales históricos. La extrema concentración de la riqueza —con un 1% controlando cerca de la mitad del patrimonio global— configura un entorno adverso para la cohesión social y la paz duradera.

Estas brechas estructurales favorecen la emergencia de regímenes autoritarios y corruptos, especialmente en las periferias, caracterizados por dureza interna y subordinación externa. En muchos casos, el Estado deja de operar como dispositivo de gobierno y se transforma en un mecanismo opaco de apropiación y redistribución desigual de recursos, sostenido por discursos nacionalistas y populistas que no resuelven las demandas sociales de fondo.

El escenario previsible para los próximos años combina guerras locales, operaciones de inteligencia, crisis gubernamentales, levantamientos sociales y reconfiguraciones constantes de alianzas. Todo ello ocurre en un mundo de reconversión permanente de la economía mundial y de elevada incertidumbre para los grandes inversores y centros de poder. La confianza sistémica permanece en niveles críticos y la estabilidad global continuará siendo frágil mientras no se restablezcan equilibrios duraderos.

Las grandes potencias enfrentan una disyuntiva estratégica fundamental: sostener una confrontación permanente con altos costos e incertidumbres, o asumir la complejidad política de negociar acuerdos duraderos. La historia muestra que los mayores períodos de bienestar y desarrollo humano han coincidido con largos ciclos de estabilidad armada y compromisos sostenidos. Aunque el poder global sigue concentrándose en Estados con economías robustas, capacidades nucleares y amplias alianzas, el ejercicio del poder sin responsabilidad deriva en destrucción. La historia no es un proceso mecánico: junto a las tendencias estructurales, la agencia humana conserva capacidad de intervención. En determinadas coyunturas, la racionalidad, la contención y la lucidez política pueden alterar cursos aparentemente inevitables. Aún existe un margen estrecho —pero real— para evitar una catástrofe de gran escala y reabrir la posibilidad de una estabilidad justa y negociada.

Referencias

- Amin, S. (1996). Los desafíos de la mundialización. Siglo XXI.
- Benjamin, W. (1940/2005). Tesis sobre la filosofía de la historia. En Iluminaciones (trad. J. Aguirre). Taurus.
- Berardi, F. "Bifo". (2019). Futurabilidad: La era de la impotencia y el horizonte de posibilidad (trad. H. Salas). Caja Negra.
- Bolton, J. (2020). La habitación donde sucedió: Unas memorias de la Casa Blanca (trad. correspondiente a la ed.). Simon & Schuster.
- Bondar, K. (2019). Hypersonic weapons: A new arms race? Center for Strategic and International Studies.
- Brand, U., & Wissen, M. (2017). Imperial mode of living: Everyday life and the ecological crisis of capitalism. Verso.
- Brand, U., & Wissen, M. (2021). Modo de vida imperial: Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo (trad. S. Trienke). Tinta Limón.
- Cago, V. (2014). La razón neoliberal: Economías barrocas y pragmática popular. Tinta Limón.
- Clausewitz, C. von. (1832/2008). De la guerra (ed. y trad. modernas). La Esfera de los Libros.
- Conrad, S. (2017). Historia global: Una nueva visión para el mundo actual (trad. G. García). Crítica.
- Dalio, R. (2021). Principles for dealing with the changing world order: Why nations succeed and fail. Avid Reader Press.
- Dierksmeier, C. (2016). Libertad cualitativa: Autodeterminación en una economía global (ed. esp.). Herder.
- Duncan, M. (2018). Hacia la tormenta: El comienzo del fin de la República romana (trad. F. García Lorenzana). Ariel.
- Esposito, R. (2002). Immunitas: Protección y negación de la vida (ed. esp.). Amorrortu.
- Fernández-Savater, A. (2020). Habitar y gobernar: Una orientación para la acción política. Ned Ediciones.
- Ferguson, N. (2006). The war of the world: Twentieth-century conflict and the descent of the West. Penguin.
- Fontana, J. (2011). Por el bien del imperio: Una historia del mundo desde 1945. Pasado & Presente.
- Fricker, M. (2007). Epistemic injustice: Power and the ethics of knowing. Oxford University Press.
- Freeman, M. (2014). Financing terrorism: Case studies. Routledge.
- Grossman, H. (1929/1992). La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista (ed. esp.). Siglo XXI.
- Habermas, J. (1981). Teoría de la acción comunicativa (Vols. 1–2). Taurus.
- Iriarte Núñez, G. (2023). El gran desorden mundial. Debate.
- Joiner, T. (2005). Why people die by suicide. Harvard University Press.
- Kahneman, D. (2011). Thinking, fast and slow. Farrar, Straus and Giroux.
- Kania, E. B. (2020). The PLA's pursuit of hypersonic weapons. Center for a New American Security.
- Keohane, R. O. (2002). Power and governance in a partially globalized world. Routledge.
- Kellerman, B. (2014). Hard times: Leadership in America. Stanford University Press.
- Kershaw, I. (2015). To hell and back: Europe 1914–1949. Penguin.
- Krugman, P. (2009). The return of depression economics and the crisis of 2008. W. W. Norton.
- Kumar, K. (2010). Empire and the politics of the future. Polity Press.

Lazzarato, M. (2022). Guerra o revolución: Porque la paz no es una alternativa. Tinta Limón.

Levinas, E. (1934/2002). Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo. En Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo. Fondo de Cultura Económica.

Luhmann, N. (1979). Trust and power. Wiley.

Luxemburg, R. (1913/2007). La acumulación del capital. Akal.

Mason, P. (2015). Postcapitalism: A guide to our future. Allen Lane.

Mbembe, A. (2011). Necropolítica (ed. esp.). Melusina.

McFate, S. (2019). The new rules of war: Victory in the age of durable disorder. William Morrow.

Milanovic, B. (2016). Global inequality: A new approach for the age of globalization. Harvard University Press.

Moloeznik, P. (2012). Seguridad internacional y nuevas guerras (ed. académica). [Editorial académica según edición consultada].

Mosca, G. (1939). The ruling class (H. D. Kahn, Trans.). McGraw-Hill.

Nercesian, I. (2020). Oligarquías, poder y democracia en América Latina. CLACSO.

Nueno Guitart, J. (Ed.). (2022). Genocidios: Una lectura forense. [Editorial según edición consultada].

Piketty, T. (2014). El capital en el siglo XXI (trad. D. Fuentes Castro). Fondo de Cultura Económica.

Qiao, L., & Wang, X. (1999). Unrestricted warfare. PLA Literature and Arts Publishing House.

Robinson, W. I. (2014). Global capitalism and the crisis of humanity. Cambridge University Press.

Roca de Castro, J. C. (2018). Crisis, poder y modernidad tardía. [Editorial según edición consultada].

Rosenau, J. N. (1997). Along the domestic–foreign frontier: Exploring governance in a turbulent world. Cambridge University Press.

Rorty, R., & Habermas, J. (2004). Sobre la verdad: ¿Validez universal o justificación? Paidós.

Sáez Rueda, L. (2015). El ocaso de Occidente. Herder.

Schiller, R. J. (2008). The subprime solution: How today's global financial crisis happened, and what to do about it. Princeton University Press.

Shklar, J. N. (1989). The liberalism of fear. En N. L. Rosenblum (Ed.), Liberalism and the moral life (pp. 21–38). Harvard University Press.

Stengers, I. (2015). En tiempos de catástrofes: Cómo resistir a la barbarie que viene. Ned Ediciones.

Streeck, W. (2016). How will capitalism end? Essays on a failing system. Verso.

The White House. (2025). National Security Strategy of the United States of America (November 2025). The White House.

Winters, J. A. (2011). Oligarchy. Cambridge University Press.

Zolo, D. (2000). Cosmópolis: Perspectivas y riesgos de un gobierno mundial. Paidós.